

LOS SILOS DE LA



En las escabrosidades de la tierra manchega, cuando la llanura lisa y parda se arruga y retuerce como la piel del labriego curtida del aire y del sol, en las entrañas de las gigantes rugosidades los manchegos labran su nido, como los trogloditas de la edad de piedra, como los primitivos de la

prehistoria y como ellos también conservan su espíritu sencillo y alegre.

Los típicos silos que muestran su faz encalada, resplandeciente y cegadora, en la masa oscura de la montaña gris, tienen la alegría ingenua y jugosa de la naturaleza que no fué profanada.

LOS SILOS DE LA GUARDIA

TÍPICA ESCENA DE
VIDA MANCHEGA



En las escabrosidades de la tierra manchega, cuando la llanura lisa y parda se arruga y retuerce como la piel del labriego curtida del aire y del sol, en las entrañas de las gigantes rugosidades los manchegos labran su nido, como los trogloditas de la edad de piedra, como los primitivos de la

prehistoria y como ellos también conservan su espíritu sencillo y alegre.

Los típicos silos que muestran su faz encalada, resplandeciente y cegadora, en la masa oscura de la montaña gris, tienen la alegría ingenua y ingosa de la naturaleza que no fué profanada.

Y sus habitantes son ingeniosos y sanos y alegres, con la sana alegría de la naturaleza, siempre joven, siempre nueva, en la primavera como en el otoño, porque son los hijos predilectos del padre sol y bajo la caricia de su luz ardiente viven sus penas y sus alegrías y sus fortunas y sus miserias;

viven su vida, y en las horas calladas de la noche, su sueño, que es, por ser sueño, hermano de la muerte, se arrulla en el tibio regazo de la madre tierra.

TEJERIE

A GUARDIA

TÍPICA ESCENA DE
VIDA MANCHEGA



su
da,
la
osa

Y sus habitantes son ingenuos y sanos y alegres, con la sana alegría de la naturaleza, siempre joven, siempre nueva, en la primavera como en el otoño, porque son los hijos predilectos del padre sol y bajo la caricia de su luz ardiente viven sus penas y sus alegrías y sus fortunas y sus miserias;

viven su vida, y en las horas calladas de la noche, su sueño, que es, por ser sueño, hermano de la muerte, se arrulla en el tibio regazo de la madre tierra.

TERRE

(Foto Rodríguez.)

DE LA GUARDIA

Con gran esplendor y con un entusiasmo reflejo del amor y la veneración que este típico pueblo manchego siente por su Santo Niño Mártir, se han celebrado este año las típicas fiestas en honor de su santo patrono.

Nuestro redactor gráfico se trasladó a dicho punto acompañado de otro redactor informador, para dar amplia noticia a nuestros lectores de cuanto en aquel pueblo pintoresco y típico aconteciera en las actuales fiestas.

De su actuación allí, reproducimos parte en este número, y no todo por premuras de espacio y de tiempo, y completaremos con el resto la información en el número siguiente.

Valgan estas planas como presentación, que bien lo merece en su originalidad y su belleza, de este pintoresco pueblecito manchego, labrado en su mayor parte en el seno acogedor de la montaña gris.



UN ASPECTO DE LA GUARDIA. AL FONDO LA IGLESIA PARROQUIAL.

La Guardia, además, cuenta con un grupo de autoridades que saben y quieren encauzarle y dirigirle, y su Ayuntamiento, bajo la presidencia del joven y prestigioso alcalde D. Pablo Cabeza,



LOS TÍPICOS SILOS, CUYAS FACHADAS ENGALADAS REPILEN EN LA MONTAÑA GRIS.

La Guardia, que es en su aspecto externo atractivo y simpático, espiritualmente subyuga y obliga a la admiración y al afecto por su hospitalidad franca, por su amabilidad exquisita, por su sencillez culta, por su laboriosidad y su honradez.

trabaja con incansable celo por el bien de su pueblo, demostrando bien a las claras el amor que sienten por su patria chica y por el bienestar de sus paisanos.

El molino de viento, guardián de la tradición.



En la paz henchida de la siesta otoñal, cuando los graneros están bien repletos, y mientras los gañanes al tardo paso de la yunta van lentamente tejiendo el cañamazo de tierra blanda, sobre el que más tarde bordarán las lluvias con hilos de sol el verde esperanza de la primavera y el oro riente de la mies en estío; el pueblo manchego, alma de Castilla, dormita tranquilo, cañado y en paz.

Como una madre, vigilante y fecunda, la iglesia amorosa se yergue en el medio, y en montón las casitas desiguales y cándidas son como sus polluelos que reposan seguros junto a su regazo, bajo su custodia.

Hay en un sitio avanzado, imponente y altivo, un viejo molino desgredado y triste que evoca las gestas heroicas de Don Alonso el Bueno, espejo de señores y de caballeros; y los ventanucos de su mole cilíndrica parece que rien la risa grasienta, trepidante y socarrona del escudero sin par, enamorado eterno de la buena bota, repleta de vino; de la cebolla; del pan trasnochado y del queso ovejuno; del que fue el primero, fundador y padre, de la dinastía de los Sancho Panza, que al tordo paso del rucio cansino salen de la aldea, donde son la burla de chicos y grandes, y despedazándose entre las espesuras de los espinares, contra las aristas de los peñascos áridos; manteados ayer, apaleados hoy, pero firmes siempre tras su deseo, llegan a la postre a ser gobernadores de todas las ricas Insulas Baratarias, que conquistaron el esfuerzo y los sacrificios y las renunciaciones y las vejaciones y los dolores de cuerpo y de espíritu de los soñadores, de los caballeros del ideal.

Como el feroz gigante del arremangado brazos, el viejo molino vigila la aldea. Pero no es su brazo la maza pesada que compía mandíbulas y magullaba tanto que sus heridas no hallaban alivio sin el milagroso bálsamo de Fierabrás.

El pobre gigante ya está muy viejo. Sus brazos esqueléticos tienen temblores de epilepsia, mal que trajeron a sus nervios las trepidaciones de los motores.

El viejo molino de viento, fantasmón e ingenuo, que como los niños, no puede vivir sino al aire libre y bajo el beso del sol, es el símbolo viviente de la idealidad soñadora; y las dinamos y los motores que mueven los modernos cilindros en las salas trepidantes de molturación, y arrastran los enormes malolientes camiones que transportan toneladas de finísima harina hasta los lomos del monstruo de hierro que devora kilómetros, son el positivismo, la conveniencia, el progreso, la realidad. Morirá el molino, porque los sueños murieron siempre a los zarpazos de la realidad.

Y cuando muera el molino que guarda el encanto de la pintoresca villa que dormita tranquila en la parda llanura manchega, se cegarán los silos de las refulgentes tapias encañanadas y en su lugar se levantarán altas y angostas colmenas donde se amuestran las vidas; desaparecerán los vistosos pañuelos polícromos, anudados sobre las cabezas de los hombres machos, y los sustituirán sombreritos ridículos de fieltro blando, de paja rígida.

Morirán los molinos de viento y poco a poco morirá la tradición, la belleza pintoresca, el tipismo local.

T. R.